

Los vértices de las ausencias de represión : El autismo y la psicosis
El Miraflores, un caso de Sinthome de un loco urbano a propósito de las modalidades de la represión y su rechazo.

El libro de Robert Levy, “Lo infantil en el psicoanálisis” que comentamos o al cual hacemos algunas referencias, reflexiones u oposiciones me es difícil descontextualizarlo de un ámbito más extenso de trabajo que transcurre al alero de nuestra institución Analise Freudienne en los distintos países y particulares modalidades donde estas temáticas se han tratado y elaborado.

En lo particular quiero enfatizar que el libro de Robert sitúa un clivaje fuerte en la cuestión de la represión y según sea el tiempo lógico de su verificación la forma de presentación del síntoma en el niño.

Modalidades de la represión que aluden necesariamente a distintos tiempos. Desde la Urverdrängung o represión originaria ; la Verdrängung o represión en sus dos estadios, el primero de “*un período infantil entre alrededor de los dos y los cinco años, en el cual la represión no está plenamente constituida, que induce a una falta de metáfora e niños de esta edad.*”(pág.166),el segundo que implica una advenimiento al eje sintagmático del lenguaje y la operación de la sustitución metafórica que llamaremos represión completa y finalmente a la estructuración edípica.

El lugar donde a decir de Freud se encuentra la huella que el pensamiento enmascara que, “*constituye la definición de todas las modalidades de exclusión por las que el pensamiento enmascara la huella : Verdrängung, Verwerfung y Verneinung y Verleulung.*”(pag. 119).

El libro enfatiza claramente la cuestión de la Verdrängung distinguiendo esta represión metonímica del período infantil que más adelante deviene como represión completa o metafórica. Más adelante refrenda tal distingo en lo que Lacan dice a propósito del seminario sobre “*Las Psicosis*”, “*Lo Verdrängt se encuentra en el circuito “mensaje – código”, mientras que lo Unterdrückt (lo que pasa debajo de la barra) se encuentra en el discurso.*”

Modalidades de represión o su ausencia que en sus dos extremos encarna posiciones semejantes pero no idénticas.

En el caso del autismo lo simbólico queda rechazado sin traza significativa, en el caso de la psicosis deja una traza de retorno que se puede atar a partir de la constitución de un cuarto nudo o nudo de suplencia.

“*Podríamos resumir así estos dos conceptos : una exclusión sin retorno (Urverdrängung), una exclusión con retorno(Verwerfung) en lo Real.*” (Pág.122).

Si analizamos el Autismo veremos que el niño queda del lado de “afuera” de lo reprimido originariamente. Es así como no comporta una opción de sutura del significante porque lo que allí opera es la pura represión. De esta manera las opciones se debaten respecto de un mejor o peor vínculo con los objetos con los que ellos saturan el agujero que retorna como angustia. Objetos duros o blandos con los cuales el autista podrá advenir a un mejor o peor vínculo.

Nada que remita al orden de lo significativo. Sólo una cuestión de un agujero que a mayor o menor angustia busca la obturación con un objeto más o menos plástico.

“Hay una Verdrängung, hay una represión que es jamás anulada, es de la naturaleza misma de lo simbólico comportar este agujero; y es el agujero que yo apunto, que reconozco en la Urverdrängung misma” (Lacan Seminario le Sinthome).

Es esta oportunidad de sutura que la psicosis permite. Es este atisbo de anudamiento lo que me convoca a detenerme en el análisis de una casuística que intentaré ilustrar.

Podríamos decir parafraseando a Lacan que el psicótico es un des-abonado de la guía telefónica y el autista un no abonado. El primero queda afuera de algo donde tuvo la oportunidad de inscribirse. El otro nunca estuvo a tiempo, siempre quedó fuera de plazo.

En la psicosis opera un mecanismo que si bien se parece a la represión originaria (Urverdrängung) es denominado Verwerfung. Mecanismo entendido como aquél que más que reprimir lo representado arroja, forcluye, deja fuera de lo simbólico todo objeto a ser representado. Deja al objeto en su estatuto de cosa desterrándolo de toda representación o simbolización posible a través de la palabra.

Lo que es forcluido resulta entonces imposible de simbolizar.

Por ello los psicóticos establecen a una relación a la palabra en el estatuto de la cosa. Las palabras no representan a la cosa. Son la cosa misma.

Al decir de Lacan en el Seminario de “La identificación” en 1962 si el “significante es el borramiento principal de la cosa”, diríamos, su ausencia es la presentificación de la cosa.

Donde más claramente se puede observar esta imposibilidad es al momento del nombre del psicótico. Ellos tienen verdadera dificultad de representarse o hacerse representar por un nombre. Lo logran a medias mucho más fácilmente cuando logran en la trama de su delirio hacerse reconocer por el otro del semejante, entonces anudan en la ortopedia que el Sinthome les facilita una atadura provisoria que paradójicamente los asujeta como un cierto sujeto posible.

Como lo he consignado, en el caso de la psicosis y a partir de lo que destaca Robert Levy en su libro cuando hace referencia a la Verwerfung y enfatiza el hecho que aquello que es arrojado afuera retorna en lo Real;(resaltando esto de como lo simbólico que ha sido rechazado retorna como insistencia en lo Real) voy a establecer la siguiente conjetura.

Que en cierto modo puede esa insistencia posibilitar una operación que si bien no alcanza el estatuto de una representación al menos puede lograr una presentación posible. Aspecto a mi parecer relevante esto de hacer tangencia a lo simbólico que intentaré ilustrar con la viñeta de un caso que apoye mi reflexión.

Lo que insiste en presentificarse como síntoma en su insistencia y su retorno precisamente es aquello que ha sido rechazado: lo simbólico.

Es precisamente la ausencia de representación, lo cosificado, lo no representado lo que retorna e insiste como síntoma. En el caso del lenguaje es la palabra en el estatuto de la cosa. Es la ausencia de representación. En la psicosis esto se hace preclaro en la imposibilidad que tienen los locos en esto de representarse en un nombre. En la

imposibilidad de nominación. De nominarse. Por ello muchas veces cuando se le pregunta a un psicótico por su nombre este se esmera en mostrar su cédula de identidad. o repite en una letanía silábica todos sus nombres y apellidos en una especie de automatismo que claramente deja todo trazo de subjetivización en lo que enuncia.

Algo parecido a los murmullos de las oraciones que se desplegaban infinitamente en las beatas que intentando decir una oración la anulan en un discurso que holofraseado pierde su connotación significativa. Ausencia de escansión en el discurso que lo lleva al estatuto de la cosa.

Un psicótico de Viña del Mar respondía sacando múltiples fotocopias autenticadas de su cédula de identidad y certificados de todo tipo que daban cuenta del nombre donde a él le resultaba imposible de identificarse.

Por ello es posible que los psicóticos se armen un nombre a partir de una función sostenida por los otros, al modo de un sinthome, en una operación que amarra lo que la palabra fracturada desata en la trama de su delirio

Se estabilizan o logran los psicóticos cierta nominación al hacerse un nombre en la filigrana de su delirio. Es el caso de un psicótico del hospital psiquiátrico que deliraba diciendo que el había sido encomendado por Dios para librar una batalla interminable contra Satán. Contaba de este modo que siempre se encontraba agotado de los innumerables combates que libraba día a día contra el demonio. Refería haber librado esa mañana 1839 combates con el demonio y así enumeraba cifras imposibles acerca de combates inexistentes. No obstante, cuando uno entraba al patio del hospital y uno vociferaba: “señor de las mil batallas...” el se daba vueltas al oír tal referencia y reconociéndose en ese nombre contestaba: decid rápido porque estoy cansado, pero muy cansado.

Similar asunto ocurría con los pintores del Arte Brut o pinturas generadas por psicóticos normalmente en los talleres de los hospitales psiquiátricos, que daban cuenta de un arte espontáneo o sin la carga de las represiones propias de un neurótico. Se asociaba al arte minimalista, espontáneo, en cierto modo infantil. Algunos de ellos se hicieron un nombre con sus pinturas y fueron reconocidos a partir de las muestras y la agrupación que organizó Breton y Debuffé. Es decir se hicieron un nombre como pintores.

Esta ortopedia del nombre, esta denominación que el Sinthome posibilita viene a armar el cuarto nudo o nudo de suplencia que la Verwerfung se ha encargado de forcluir.

El sinthome se las arregla con el síntoma supliendo la desatadura de lo simbólico en un intento de suplencia reitutiva. Darse un nombre o al menos presentarse en un nombre aun sin lograr advenir al estatuto simbólico del lenguaje. Si bien no logran hacer metáfora o representarse en un nombre propio lo logran en aquél que le presta el otro del semejante o del otro social. Es en el reconocimiento de un cierto nombre por los otros donde el psicótico al menos se presenta.

El caso que presento a continuación ilustra este modo de hacerse un nombre a nivel de una presentación. Es el caso de muchos locos que transitan por distintos lugares de la ciudad y son reconocidos por un nombre que el propio delirio les provee.

En oposición al autismo aquí lo rechazado como significativo permite una hebra reitutiva en algún punto.

Esta historia es la de un psicótico, un loco, que normalmente se le puede encontrar contemplando las flores de una plaza de la ciudad. La plaza corresponde a un barrio de Viña del Mar que se llama Miraflores. Esta enfrente a otro separado por un estero que se llama Chorrillos. Ambos nombres corresponden a dos memorables batallas libradas a

las afueras de Lima en la guerra del Pacífico donde Chile salió victorioso. Son nombres entonces de triunfos y de glorias como suelen ser los nombres de los grandes lugares. No se nombran ni rememoran muy demasiado frecuentemente los fracasos y las desgracias.

De cualquier modo son barrios que representan una gesta, una victoria y quizás para algunos una epopeya. Grandes nombres.

En el barrio de Miraflores hay una pequeña plaza que no obstante por su emplazamiento hace de plaza principal que lleva el nombre de Miraflores.

A ella acude todas las mañanas en una rutina asombrosa un psicótico que hace casi puntualmente su arribo como si viniese a un compromiso, a un trabajo.

Deja un pequeño morral en uno de los escaños de madera (siempre el mismo) y se dedica a circular (siempre en un mismo sentido) por las distintas agrupaciones de plantas y flores. Va hacia la primera agrupación se detiene frente a ella y la contempla largamente, toma suavemente un tallo con alguna flor desplegada, la mira, la huele y la vuelve a mirar. Lo hace con las distintas especies con una reverencia y candor infinitos.

Vuelve al escaño, se sienta, se queda en silencio, murmura algunas palabras que parecen conjuros, a veces garabatos que son en cierto modo neologismos para callar y fijar la vista en las flores que ahora mira desde lejos. De pronto se levanta y camina esta vez hacia el grupo de plantas que le sigue y repite idéntica rutina. La interrumpe a veces para saludar a una niñera que pasea a un niño en un coche no sin cierta desconfianza. Va siguiendo la rutina del sol que calienta tenuemente una incipiente primavera. Lo hace de este modo todo el día inscribiendo en los ritmos de su rutina una circularidad que de ese modo anuda un quehacer que en su reiteración le arme algo como un nombre. El vendedor de diarios lo saluda, el dependiente de un quiosco cercano también lo hace. De pronto ya más tarde aparece una beata con una palidez de ángel que le lleva una pequeña colación. Una vianda con alimentos que el agradece y se apresta a devorar. Una jubilada prematura se sienta a su lado quejándose de alguna dolencia imaginaria y le habla. El asiente con un automatismo evidente, con manierismos bizarros y una sonrisa extraviada. Total a aquella mujer tempranamente envejecida no le importa, la cuestión es encontrar frente a quién quejarse. No sabemos bien si este loco se alegra o se entristece por las cuitas y las desgracias de tal mujer pero asiente con la reiteración de un estereotipo de cabeza. La mujer lo encuentra en cierto modo comprensivo. De pronto si la siente demasiado próxima el loco se para abruptamente para seguir con su rutina.

De pronto corta una flor y la lleva con cuidado entre sus manos. Se sienta en el escaño y la mira profusamente. La mujer le hace notar su afán, su esmero con el que mira la flor. Queriendo ser cordial le pregunta su nombre. El responde: Miraflores. Ella le responde : mire Ud.

El mira la flor fijamente y no responde pero le obsequia la flor no sin tomar cierta distancia. Ella se alegra a pesar de su alergia. La toma entre sus manos y la mira. Se acerca la niñera al escaño y la mujer le dice: mire que atento ese hombre, me ha regalado una flor. La niñera le contesta, en efecto, el Sr. Miraflores es así. Muy atento.

Miraflores sigue atento mirando las flores. Atento en efecto a su rutina.

Al caer la tarde se despide no sin antes haber recogido una merienda que el mozo de la tienda de la esquina le oferta llamándolo por su nombre: Miraflores. El acude, recoge una marraqueta con un pedazo de fiambre y sentado en el escaño la disfruta lentamente sin apartar la mirada de las flores.

Me acerco y me pregunta: cual es su gracia y le digo mi nombre. Me contesta: Miraflores para servirle.

De pronto toma su morral, se despide de todo el mundo y se pierde por el borde del estero. Muchos le dicen hasta mañana.

Se entiende que de noche no hay luz para mirar las flores.

Mañana cuando salga el sol Miraflores volverá a mirar las flores y a volver a armarse un nombre en tanto el otro lo nomine. Para ello insistirá en hacer lo mismo: mirar flores ya que en alguna parte debe tejer día a día esa denominación tan evanescente como la percepción de su mirada que en tanto deja de percibir se desvanece.

Nombre que le gana a la cosa en la efectuación de la mirada. Nombre precario, pero hay que ver, mire Ud., que algo de una presentación inscribe.

Mire lo que son las cosas en la psicosis, con la ortopedia que el sinthome le presta puede ser algo así como un nombre.